

RESEÑA

María del Carmen MARTÍNEZ SOLA. *El obispo fray Bernardo de Alburquerque. El Marquesado del Valle de Oaxaca en el siglo XVI*. Instituto Oaxaqueño de las Culturas-Fondo Estatal para la Cultura y las Artes-Secretaría de Desarrollo Turístico. Oaxaca, 1988, 643 pp. «DISHÁ Antropología». ISBN 968-6951-40-7.

En la solapa del libro *El obispo fray Bernardo de Alburquerque. El Marquesado del Valle de Oaxaca en el siglo XVI*, se leen dos noticias: la primera, que la publicación pertenece a la colección *Dishá* de historia del Instituto Oaxaqueño de las Culturas, con lo cual se inscribe en un proyecto que “es poesía, es noticia, es historia, es cuento, es verdad sobre todo”, según define Andrés Henestrosa la palabra zapoteca *Dishá*; y, la segunda noticia, que el objetivo de la colección “busca establecer un diálogo entre los oaxaqueños con su presente, creando un espacio de reflexión a la luz de la historia”. Sin duda *El obispo fray Bernardo de Alburquerque. El Marquesado del Valle de Oaxaca en el siglo XVI* de María del Carmen Martínez Sola cumple ampliamente con ambos objetivos. Como todo libro de historia, se propone la recuperación veraz de una etapa histórica: un México donde se fragua el diálogo plural de las culturas que constituyen las tendencias predominantes del presente: la indígena con toda su riqueza y su pluralismo, y la hispánica, producto también sin duda, del contacto de culturas milenarias (la ibero-románica, la árabe, la judía y la africana...) La recuperación de este mosaico contradictorio implica un reto al rigor documental, y sobre todo, de interpretación que necesariamente tiene que pasar por la rojilla crítica e interpretativa del historiador. Por eso me

parece tan acertada la elección del vocablo zapoteco, *Dishá*, para definir el quehacer de la historia como un discurso que, en la búsqueda de la verdad, toca los límites de lo literario (“poesía” y “cuento”). El hecho no sorprende a los que reconocemos en la literatura una relación con la historia que muchas veces penetra más hondo en ella que el propio discurso histórico.

El encuentro de la verdad que busca ser “objetiva” con la verdad que se reconoce dependiente de un sujeto conocedor, exige una elección metodológica adecuada que tome en cuenta la complejidad del problema y lo aborde de modo eficaz. En ese sentido, considero que la elección de método de trabajo de María del Carmen Martínez Sola ha sido acertada e implica ciertos lineamientos “modernos” de análisis que me interesa destacar.

EL PUNTO DE VISTA DESDE DONDE SE OBSERVA
Y SE ESCRIBE LA HISTORIA

Esta historia del Valle del Marquesado de Oaxaca en el siglo XVI, se relata desde una óptica que registra los hechos en términos de directrices dominantes: la Iglesia y una figura destacada de su jerarquía. En este sentido, el punto de vista es próximo a una versión “oficial”, atemperada, sin duda, por la voluntad explícita de ser fiel a una verdad, sobre todo documental. Ser fiel, ante todo, al testimonio escrito, legitimado por la autoridad. Sin embargo, la óptica se ensancha y equilibra gracias a la eficaz combinación de contexto y biografía que se elige para fundar la escritura. El carácter biográfico, hecho fundamentalmente con base en algunos testimonios escritos y de cartas y documentos de Bernardo de Alburquerque, da al discurso un valor expresivo y de credibilidad que lo levanta como testimonio y nos involucra. Sobre esta fuerza apelativa de la biografía, comenta Ortiz-Osés:

Estamos implicados en toda otredad nacida en el tiempo [...] En el fondo todo hablar y toda creación es una íntima indagación del otro. La alteridad se guarda en lo más recóndito de nuestro ser y todo lo llama, le empuja a pronunciarse, a mostrarse... a decir quién es y cómo es. Estamos de verdad fascinados por la otredad.
Andrés Ortiz-Osés, *Mitología cultural y memorias antropológicas*. Anthropos, Barcelona, 1987.

Pero ese otro, que es aquí Bernardo de Alburquerque, a su vez se va mostrando en el libro a partir de un desglose gra-

dual del contexto humano, social y cultural que lo explica y lo sostiene.

El capítulo I, "Llegada de Cortés y situación de los indios" nos sitúa en el encuentro de las dos culturas, con énfasis particular en una breve descripción de cada una de las jurisdicciones indígenas. Siento que hizo falta en esta parte un planteamiento más integral del mundo prehispánico. Lo grandioso y diferente de ese mundo que para el conquistador y el colono pudo ser motivo de asombro aunque también de confusión, por la diferencia.¹ Parecería que predomina una visión de los vencidos que la escritura no permite comparar con lo que se fue, por lo cual se deriva una impresión reductiva del otro que se reproduce, de algún modo, en casi todos los enunciados internos, y aun en el enunciado autoral.

El capítulo II, "Conquista espiritual de Oaxaca", focaliza la atención en el carisma y praxis de la Orden de Predicadores que sintetiza, de manera vital, la evangelización y la contemplación. La integración de ambas, necesariamente desemboca en una práctica comprometida con la relación hombre-Dios: "comunicar lo contemplado". De donde se explica una clara función apostólica y la importancia de la predicación. En este apartado, además de los obispos, sí se toman en cuenta otros frailes de "los de a pie", o cercanos a ellos por elección, quienes desde una óptica más integral forjan con su quehacer diario la intrahistoria, y crean la base que explica la dominante, la condicionan o interactúan con ella. Durante todo el libro, esporádicamente se va ampliando la referencia a estos fundadores medios de la historia aunque nunca nos detenemos lo suficiente en su significación, sobre todo como forjadores del tejido histórico (fray Gonzalo Lucero, fray Domingo de Betanzos, fray Vicente de Las Casas, fray Pedro de Feria, fray Alonso de la Anunciación, fray Domingo de Aguiñaga, fray Juan de Córdova, etc.). Muchas veces, frailes de mayor jerarquía como fray Bernardo, se identifican —por sus ideas y su práctica— con estos otros que caminan cerca del pueblo y comparten sus nece-

¹ Esta negación del otro podría llegar a establecer una relación paternalista, en el mejor de los casos. Podría llegar a justificar también la opresión del otro. Tzvetan Todorov señala que el conquistador se mueve en los polos de la ambigüedad. Incluso Colón, dice, "ha descubierto América, pero no a los americanos". En la historia del descubrimiento, "la alteridad humana se revela y se niega a la vez". En 1492 "el país repudia a su otro interior [los moros, los judíos], y descubre al otro exterior, toda esta América que habrá de volverse latina". T. Todorov, *La conquista de América. El problema del otro*. Traducción de Flora Botton Burlá. México: Siglo Veintiuno Editores, 1987, p. 57.

sidades. En cambio, reitero, en el entramado de contradicciones sociales que presenta el libro, se ha omitido prácticamente la voz o la visión de los marginados o del pueblo en general, incluyendo la de los españoles, criollos y mestizos.

Y pasamos al capítulo III, "fray Bernardo de Alburquerque: de España a Nueva España". Si el capítulo I nos dio algo del "a quiénes" va dirigida principalmente la práctica histórica y el capítulo II nos habló de *quiénes* son los que la llevan a cabo, el III destaca en primer plano a fray Bernardo de Alburquerque. Esta manera de presentar al personaje histórico hace emerger la figura de su comunidad y, al mismo tiempo, la destaca. De ese modo, la vida ejemplar no se desvincula del proceso histórico ni se mitifica. Cobra, en cambio, una gran envergadura cristiana. Como dice Martínez Sola:

Estos primeros evangelizadores, al modo de las comunidades cristianas primitivas, lo primero que hicieron fue "acompañar" a un pueblo como preocupación fundamental; respecto a los matices que encierran hoy para nosotros los términos "servicio" y "ministerio", tal vez estemos ya alejados de lo que fue en su origen (p. 206).

Por un lado, el punto de vista que selecciona deja transparente la historia por medio de fray Bernardo de Alburquerque. Es notable cómo se retiró del centro de la escena la figura de este primer prior del convento de Santo Domingo, fray Bernardo, y pasó a primer plano la de fray Bartolomé de Las Casas en una visita suya a Oaxaca con todas sus proyecciones (pp. 216 y ss.). No se trata únicamente de determinado punto de vista de la historiadora. Hay que decir que la vida de fray Bernardo se prestaba, de manera excelente, para "dejar ver" aquello que le precede, lo rodea, y mucho de la orientación del porvenir. No lo serán así, necesariamente, otras figuras preponderantes de su momento.

Todos los indicios de la vida de fray Bernardo de Alburquerque que el libro de Martínez Sola me permite conocer, conforman plenamente el perfil de un cristiano movido por el Espíritu que conscientemente se abaja para que el otro sea lo que está llamado a ser. Por lo menos en este orden de la fe se trata de un espíritu fino y cultivado que concuerda con la hipótesis de aquellos que hablan de su educación esmerada. En cuanto a su actitud ante el estudio conviene insistir y matizar la interpretación de la autora. A juzgar por los testimonios, no hay duda que Albur-

querque no alardeaba —más bien hablaba poco— de su formación intelectual esmerada, hasta casi omitirla. Sin embargo, no está demás recordar lo sabido: que estudió, que fue un alumno brillante y que concluyó dos carreras en la muy conocida Universidad de Salamanca. Luego ocultó este saber, pero lo ejercitó cuando las circunstancias lo requirieron en función de un objetivo mayor. Así sucedió en su intervención en la discusión de dos jóvenes estudiantes brillantes de teología que lo delató y le ganó su entrada como sacerdote dominico, cuando él se había empeñado en ingresar a la orden sólo como hermano lego. Es de suponer, entonces, que el estudio es un aspecto de su formación que Bernardo incrementó en beneficio de su misión de servicio, de relación amorosa con el hermano sufriente, firme en la ejecución de todo aquello que lo llevara a dar una respuesta justa, liberadora de la opresión. María del Carmen Martínez Sola afirma que el discípulo de Vitoria había aprendido de su maestro “la doctrina de Santo Tomás de Aquino, según la visión de la Escuela de Salamanca” (p. 180), de acuerdo con las tendencias de los estudios de su tiempo, e insiste mucho en el desprecio de fray Bernardo por todo aquello que lo hiciera destacarse. Entonces, se trata de guardar para cuando haya menester. Lo cierto es que cuando lo consagraron obispo escogió como lema de su dignidad “*Sapientia vincit malitiam*” (p. 301), frase que dignifica y eleva a primer plano el saber como vencedor de la maldad. Su actuación fue acorde con esta decisión: escribió cartas de crítica y denuncia en defensa de la población indígena; fundó un convento-escuela, el de Santa Catalina, para crear una congregación de hermanas dominicas contemplativas, lo cual ocupó sus últimas energías y esfuerzos. Por otra parte, es posible que esta diferencia en la actuación de fray Bernardo, después de ser ordenado obispo, fuera sólo aparente en tanto mucho de su quehacer estaba sujeto a mayor anonimato antes de recibir la dignidad episcopal.

Una vida ejemplar, dije antes. Una vida de santificación. Y sobre todo, la encarnación del carisma dominicano. Más cerca que de Santo Tomás, siento a fray Bernardo inmerso en la vida de santo Domingo de Guzmán. Renovada pedagogía de la acción, válida para nuestro tiempo.

La opción de vida de fray Bernardo de Albuquerque implica una mentalidad y una práctica totalmente cristianas. Para Auerbach el estilo bíblico iba acorde con la ruptura que supuso el cristianismo en la medida en que integró lo sublime con lo

cotidiano y menor. A partir de ese abajarse, llegó a propiciar y a generar caminos profundos de salvación. De manera análoga, en años más recientes Jacques Le Goff y otros, han replanteado la necesidad de que los estudios históricos se renueven a partir de la fertilización de los etnológicos que integran lo popular y la cotidianidad como componentes decisivos de la historia. La importancia que ha tenido este cambio de perspectiva para entender la riqueza plural y contradictoria de la Edad Media, ha sido felizmente renovadora.

Mencioné al principio de este comentario, cómo el discurso histórico, para alcanzar la veracidad que busca, debe ser capaz de interpretar los hechos, en la búsqueda acuciosa del sentido. Esto lo acerca muchas veces, sin pérdida del rigor deseado, al discurso literario (recuérdese el sentido de *Dishā*). En el libro *El obispo fray Bernardo de Alburquerque. El Marquesado del Valle de Oaxaca en el siglo XVI*, hay un momento ejemplar en este sentido. Se trata de la voluntad de recuperación de una información "omitida". Sabemos que Bernardo de Alburquerque se embarcó hacia las Indias, pero no hay un testimonio escrito por Bernardo o por alguno de sus compañeros. Felizmente la investigadora dio con un relato de viaje de otro dominico que había hecho la misma ruta cuatro años antes, y recrea la trayectoria con la dimensión de cotidianidad expresiva propia del diario de viaje.

El libro de María del Carmen Martínez Sola constituye una aportación decisiva a los estudios que buscan entender nuestra identidad como hispanoamericanos. Es también una aportación iluminadora de la función de los frailes dominicos en esos comienzos difíciles y contradictorios de nuestra sociedad. Confío en que el libro suscite otros libros y estudios por venir. Oaxaca fue un centro de irradiación de tendencias nobles y eficaces encaminadas a hacer posible la comunicación entre dos mundos y el difícil inicio de una vida en común. Muy pronto las circunstancias agudizaron tensiones que abrieron abismos de desigualdad y pervirtieron el diálogo. Volver a estos testimonios del siglo XVI contribuye eficazmente a reubicarnos en nuestro presente. Oaxaca, con huellas tan claras de la presencia dominicana en esos primeros tiempos, puede ser ahora un espacio fértil para la investigación seria sobre estos aspectos controvertibles e ineludibles, si queremos reconocernos en la historia y promover alternativas enriquecedoras al futuro.

Yvette JIMÉNEZ DE BÁEZ
El Colegio de México